

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

M. O. GERSCHENSON y V. I. IVANOV: *Correspondencia desde un ángulo a otro* * LYTTON STRACHEY: *Lady Hester Stanhope* * BLAS CABRERA: *Cómo ve el mundo la Física actual* * JAIME TORRES BODET: *Sin Piedad.*

NOTAS.—FERNANDO VELA: *Genseric, rey de los vándalos* * MARÍA ZAMBRANO: *Hoffmann: Descartes* * P. W.: *Varia: Tres conferencias.*

Viñeta de ONTANÓN.

Revista de Occidente

Publicación mensual

Director: José Ortega y Gasset

Secretario de Redacción: Fernando Vela

Madrid — Apartado 12.206

Avenida Pí y Margall, 7 (segundo trozo Gran Vía)

Índice del núm. CXVII

	Págs.
M. O. GERSCHENSON y V. I. IVANOV: <i>Correspondencia desde un ángulo a otro</i>	241
LYTTON STRACHEY: <i>Lady Hester Stanhope</i>	268
BLAS CABRERA: <i>Cómo ve el mundo la Física actual</i>	280
JAIME TORRES BODET: <i>Sin Piedad</i>	301
NOTAS:	
FERNANDO VELA: <i>Genserico, rey de los vándalos</i>	332
MARÍA ZAMBRANO: Hoffmann: <i>Descartes</i>	354
P. W.: <i>Varia: Tres conferencias</i>	340

Viñeta de ONTANÓN

Condiciones de venta y suscripción

ESPAÑA:

Número suelto	3,50 pesetas
Suscripción anual.....	34 "
— semestral	18 "

EXTRANJERO:

Número suelto	4,25 "
Suscripción anual.....	42 "
— semestral	23 "

REPÚBLICA ARGENTINA:

Número suelto	1,75 pesos.
Suscripción anual.....	16 —
— semestral	9 —

Esta revista se encuentra a la venta en PARIS en la librería de

LEÓN SÁNCHEZ CUESTA
10, rue Gay-Lussac, PARÍS (V)

Precio del ejemplar: 19 francos.

EDITORES: OSCAR BIE, S. FISCHER, S. SAENGER

REDACTOR: DR. R. KAYSER

BERLÍN W 57

La inquietud espiritual y la depresión económica de nuestros días exigen una revista periódica que registre y vibre intensamente con todos los vaivenes de nuestra situación política y se inspire, ante todo, en la fe por Europa. La *Neue Rundschau* obedece a la moda del día, pero ausculta y estudia los menores movimientos y las convulsiones, el caos político, espiritual y social, afanosa por encontrar un sentido tras los hechos que a primera vista parece un enigma complicado.

PIDA UN NÚMERO DE MUESTRA EN SU LIBRERÍA

Neue Rundschau BERLIN *S. Fischer Verlag*
Año, marcos 28 Núm. suelto: marcos 2,50

ÚLTIMOS LIBROS DE LA *Revista de Occidente*

W. Moog: *Hegel y la escuela hegeliana*. 17 ptas.

P. Petersen: *Guillermo Wundt*. 9 ptas.

H. Obermaier: *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad*. 15 ptas.

Heine: *Noches florentinas*. 5 ptas.

Hoffmann: *Descartes*. 5 ptas.

Heinz Heimsoeth: *La metafísica moderna*. 14 ptas.

T. Litt: *Ética moderna*. 11 ptas.

J. Ortega y Gasset: *Goethe desde dentro. El punto de vista en las artes. El hombre interesante*. 7 ptas.

Alois Dempf: *Filosofía de la cultura*. 10 ptas.

A los suscriptores de la REVISTA DE OCCIDENTE se les enviarán los libros, francos de porte, con un 20 por 100 de descuento.

ACABA DE PUBLICARSE
TODA LA OBRA DE
JOSÉ ORTEGA Y GASSET
EN UN SOLO VOLUMEN

Un bellissimo volumen. Tamaño, 26 × 18 1/2 centímetros. 1.430 páginas. Encuadernado en tela, pesetas 55.

CONTENIDO DEL VOLUMEN

<i>Meditaciones del Quijote.</i>	<i>La deshumanización del arte.</i>
<i>Vieja y nueva política.</i>	<i>Espíritu de la letra.</i>
<i>El espectador.</i> Vols. I a VII.	<i>Mirabeau o el político.</i>
<i>España invertebrada.</i>	<i>La rebelión de las masas.</i>
<i>El tema de nuestro tiempo.</i>	<i>Misión de la Universidad.</i>
<i>Las Atlántidas.</i>	<i>La redención de las provincias.</i>
<i>Kant.</i>	<i>Rectificación de la República.</i>

Edición de lujo en rústica, limitada a 150 ejemplares, papel especial y firmada por el autor, 150 pesetas.

CORREGIDOS Y AUMENTADOS CON TRABAJOS INÉDITOS

EN SU LIBRERÍA Y EN
ESPASA-CALPE, S. A. CASA DEL LIBRO
Avenida de Pi y Margall, 7

y

REVISTA DE OCCIDENTE
Avenida de Pi y Margall, 7 * MADRID

NUEVA OBRA DE
JOSÉ ORTEGA Y GASSET
Goethe desde dentro. El punto de vista en las artes.
El hombre interesante.

Contiene, además de los ensayos citados en el título, *Goethe, el libertador* y otros publicados en la **REVISTA DE OCCIDENTE**.

Con un prólogo de FERNANDO VELA, conversación con el autor, en que se amplían los temas tratados en el volumen.

Precio: 7 pesetas.

REVISTA DE OCCIDENTE
Avenida de Pi y Margall, 7 * MADRID

Correspondencia desde un ángulo a otro

(ENTRE M. O. GERSCHENSON
Y V. I. IVANOV)

En el estudio «El humanismo como iniciativa» (véase número CIX-julio, 1932), citaba Ernst Robert Curtius las cartas cruzadas entre dos intelectuales rusos: M. O. Gerschenson y V. Ivanov, sobre el tema de la cultura. «Esta correspondencia representa, a mi juicio—decía—, lo más decisivo que, después de Nietzsche, se ha dicho sobre el humanismo.» Dos damas rusas, C. y O. de Prjevalinsky, nos han ofrecido la traducción del texto original de las cartas. En el verano de 1920, Ivanov y Gerschenson ocupaban dos ángulos de una misma sala en la «Casa de convalecencia para trabajadores intelectuales», de Moscou. Entre los dos rincones de la estancia se cruzó esta correspondencia.

Gerschenson, de origen judío, nacido en 1869, es autor de estudios biográficos e históricos sobre los idealistas rusos de 1830 y 1840. Murió en 1925. Ivanov nació en 1866. Poeta, filólogo, arqueólogo, es actualmente profesor de lengua y literatura rusa en la Universidad de Pavia.

I

A M. O. GERSCHENSON

SÉ, querido amigo y vecino de rincón en nuestra sala común, que usted dudó de la inmortalidad personal y de un Dios personal. No soy el más indicado para defender ante usted el derecho de la persona a su reconocimiento metafísico y a su exaltación, ya que, verdaderamente, no siento en mí mismo nada capaz de pretender a la vida eterna. Nada, aparte de algo general y universal que está en mí, no como formando parte de mí mismo, sino como luminoso visitante que presta una unidad y una dignidad espiritual a mi ser limitado y fatalmente temporal en toda la complejidad de su composición prodigiosa y fortuita. Pero, sin embargo, no creo que este huésped me ha visitado en vano y que no en balde ha establecido en mí su morada. Estimo que su finalidad consiste en dotar al que lo acoge de una inmortalidad que mi razón no puede concebir. Mi persona es inmortal, no porque lo sea ya, sino porque está llamada a surgir en lo eterno. Como toda creación, como mi propia venida al mundo, este otro nacimiento se me presenta como auténtico milagro. Percibo claramente que en mi pretendida personalidad y en sus distintas manifestaciones no llegaré a descubrir, no ya el embrión, sino ni siquiera un solo átomo de ser real, independiente, es decir, eterno. Soy la semilla que

muere en la tierra, pero la muerte de la semilla es la condición misma de su vivificación. Dios me resucitará, porque El está conmigo. Le siento en mí, como oscuro regazo naciente, algo eternamente superior que da trascendencia a todo lo mejor y más sagrado en mí. Le siento en mí como un principio viviente de existencia más completo que yo y, por ello, conteniendo en El, con todas mis propiedades y atributos, el de la consciencia personal. Procedo de El y en mí habita. Y si no me abandona, creará en mí las formas ulteriores de su vida en mí, esto es, mi personalidad. Dios no sólo me creó, sino que me crea ininterrumpidamente, y me creará en lo futuro porque desea que yo también le cree en mí en adelante, como lo he hecho hasta ahora. No puede haber visita sin aceptación voluntaria. En cierto sentido los dos actos tienen idéntico valor, de tal modo que el que recibe se convierte en igual al que le visita. Dios no sabrá abandonarme si no le abandono. Así, la ley de amor inscrita en nosotros (y cuyas tablas invisibles leemos fácilmente) proclama la razón del salmista cuando decía, dirigiéndose a Dios: *Quoniam non derelinques animam meam in inferno: nec dabis sanctum tuum videre corruptionem* *. He aquí, buen vecino, puesto que desea saberlo, en qué pienso en mi rincón. Y usted ¿qué me contestará desde el suyo, ángulo del mismo cuadrado?—V. I.

* «Porque no dejarás mi alma en el infierno: ni permitirás que tu santo vea corrupción.»

II

A V. I. IVANOV

No, Ivanov, no dudé de la inmortalidad personal y, como usted, sé que la personalidad es el receptáculo de una realidad auténtica. Pero me parece que de estas cosas no conviene hablar ni pensar. Nosotros, querido amigo, ocupamos los extremos de una diagonal, no sólo en nuestra habitación, sino también espiritualmente. No me gusta elevarme sobre las cumbres de la metafísica, aunque le admiro viéndole cernirse majestuosamente a tales alturas. Estas especulaciones trascendentales, invariablemente coordinadas en sistemas según las leyes de la lógica, estas edificaciones que se elevan más allá de las nubes y a las cuales se dedican con celo tantos de entre nosotros, me parecen, lo reconozco, ocupación vana y sin esperanza. Aún más, tales abstracciones gravitan sobre mí. ¡Y si fuera esto sólo! En el decurso de los últimos tiempos, todas las adquisiciones intelectuales de la humanidad, todas las riquezas de pensamiento, de conocimientos y de valores amontonadas y consagradas por los siglos se me hacen intolerables, a modo de yugo irritante, de unas vestiduras demasiado pesadas que me ahogan. Desde hace tiempo este sentimiento turbaba mi alma de manera intermitente; ahora se ha hecho constante. ¡Qué gozo sería el arrojarse al Leteo para limpiar el alma de todas las huellas de

religiones, filosofías, conocimientos, arte, poesía y emerger desnudo como el primer hombre; desnudo, ágil y alegre, tendidos al cielo los brazos descubiertos y libres! Desembarazado, conservando del pasado un solo recuerdo, ¡el del agobiante de aquellas vestiduras y el de la ligereza de estar sin ellas! Ignoro como arraigó en mí este sentimiento. Puede que las suntuosas vestiduras no nos hayan molestado mientras se conservaban intactas y resplandecientes, mientras moldeaban bien nuestro cuerpo; pero, rotas a lo largo de los años, pendientes en harapos, quisiera arrancarlas definitivamente y arrojarlas lejos de mí.—M. G.

III

A M. O. GERSCHENSON

No soy constructor de sistemas, querido Gerschenson, pero tampoco soy de los timoratos que acusan de falsedad todo lo enunciado hasta hoy. Estoy acostumbrado a vagar por los «bosques del simbolismo», y me es tan comprensible el simbolismo en la palabra como el del beso en el amor. Existen signos verbales que traducen la experiencia interior y ésta los busca y languidece sin ellos porque la plenitud del corazón se desborda en palabras. La íntima y persuasiva revelación, aunque sólo fuera de los presentimientos o de los rudimentos de una conciencia superior y espiritualizada, constituye lo más precioso que los hombres pueden ofrecerse. Sólo hay que evi-

tar un escollo, el de prestar a estas comunicaciones, a estas confesiones un carácter necesario, convirtiéndolas en patrimonio de la razón. Esta es coercitiva por naturaleza; para el espíritu no hay horizonte vedado. Las palabras deben ser espirituales (símbolos de la experiencia interna de la persona), verdaderos hijos de la libertad. Así como el canto del poeta no obliga, pero conmueve, de idéntica manera las palabras deben remover el espíritu de los que escuchan sin someterlos, mediante argumentos semejantes a teoremas demostrados. Orgullo y afán de poder constituyen el pecado de la metafísica, falta trágica en verdad, ya que habiendo abandonado el hogar de la religión primordial, el regazo del conocimiento espiritual integral, debía irremisiblemente desear formarse a imagen y semejanza de la ciencia para compartir el cetro de esa gran dominadora. El yugo de que usted protesta tan vivamente, la aguda sensación del peso intolerable de nuestra cultura, herencia que nos sigue, procede esencialmente del hecho de vivir la cultura, no como un radiante tesoro de dones, sino como un sistema de sutiles imposiciones. No es extraño; la cultura tiende precisamente a convertirse en eso, en un sistema de coacciones. A mis ojos aparece como la escala de Eros y la jerarquía de las veneraciones. Veo a mi alrededor tantos objetos y semblantes que me inspiran veneración—desde el mineral hasta el hombre y sus instrumentos, su gran labor y su dignidad profanada—que me apetece sumergirme en este mar (*naufragar mi é dolce in questo mare*) sumergirme en Dios. Pues mis veneraciones son libres,

ni una sola de ellas ha nacido de la coacción, todas son abiertas y accesibles y todas llenan de alegría mi espíritu. Ciertamente que al transformarse en amor, la veneración descubre con la mirada perspicaz del amor la tragedia interior y el error fatal de todo lo que se ha separado de los orígenes del ser, de todo lo que se ha diferenciado individualizándose: bajo cada flor de vida percibimos la cruz de donde ha surgido. Pero esto es vivir ya en plena nostalgia de Dios, sentir la atracción del alma—mariposa hacia la «muerte de fuego.» Quien ignore esta atracción fundamental está, según la frase tan verídica de Goethe, enfermo de otra nostalgia, de una nostalgia vacía, insípida, aunque siga usando la máscara de la alegría: «un triste huésped sobre la tierra sombría». Nuestra verdadera libertad, nuestra felicidad más noble y nuestro más noble sufrimiento están siempre en nosotros y no hay cultura que pueda quitárnoslos. La debilidad de la carne es más de temer, pues si bien el espíritu está pronto, la carne es flaca; el hombre se halla más desarmado ante la miseria y la enfermedad que ante los ídolos muertos. No sacudirá de sus hombros el yugo despreciable de esta herencia criminal; si se la extirpara por la fuerza, reaparecería por sí misma, inseparable del hombre como la joroba lo es del camello aun luego de haberse descargado—el espíritu no puede liberarse de este yugo sino aceptando el otro, el yugo ligero. Tiene usted razón al decir esto al hombre esclavizado por sus propias riquezas: «se (*werde*)», pero creo que olvida usted la condición de Goethe: «muere primero—

(*stirb und werde*)». Esta muerte, la regeneración de la persona, representa precisamente la tan anhelada liberación. Haz tus abluciones, en las fuentes de agua viva y—consúmete. Esto siempre es posible, en cualquiera mañana del espíritu que cada día se despierta.—V. I.

I V

A V. I. IVANOV

Esta correspondencia de extremo a extremo de nuestro cuarto y cuya iniciación es debida al azar, empieza a cautivarme. Lo recuerda usted: me escribió su primera carta durante mi ausencia y, aprovechándola, la depositó sobre mi mesa. Contesté yo en ocasión de estar usted ausente. Ahora escribo bajo su mirada mientras que, sumido en tranquila meditación, trata usted de borrar los pliegues rudos y seculares de las estrofas de Dante, para moldear a su semejanza los versos rusos. Escribo, porque así el pensamiento se expresa con mayor plenitud y será percibido más distintamente a la manera de un sonido en silencio. Terminada la comida, cada uno de nosotros se tenderá en su cama, usted con una hoja de papel, yo con un pequeño libro encuadernado en cuero. Usted me leerá su traducción del *Purgatorio*, hecha esta mañana, y yo compararé los textos y discutiré y, como los días precedentes, me embriagaré de la espesa miel de vuestros versos, experimentando al mismo tiempo un malestar bien conocido.

¡Oh, amigo mío, cisne de Apolo! ¿Por qué los sentimientos eran tan fuertes, los pensamientos tan frescos y las palabras tan esenciales en el siglo XIV? ¿Y por qué nuestros pensamientos y nuestros sentimientos son tan pálidos como oscurecidos por una tela de araña? Lleva usted razón al afirmar que la metafísica es un sistema de coacciones apenas perceptibles. Pero yo me refiero a otra cosa: Al conjunto de nuestra cultura y a los efluvios más sùtiles con que ha saturado los tejidos de la existencia misma —no las coacciones, sino las seducciones que han corrompido, debilitado, desfigurado nuestro espíritu. No se trata ni siquiera de las consecuencias y del mal de la cultura, pues la evaluación del bien y del mal es operación de la razón, y todo argumento que esgrima el hierro, perecerá por el hierro. ¿Podemos confiar la solución de este problema a nuestra inteligencia, sabiendo, como sabemos, que se ha desarrollado al amparo de la cultura, a la que rinde naturalmente homenaje, como lo rinde el esclavo incapaz a amo que le ha elevado hasta él?

Un nuevo juez, un juez incorruptible, ha elevado en mí su voz. ¿Estaré cansado, acaso, de llevar una carga que excede a mis fuerzas, o será mi espíritu, tal como fué creado en el origen, que de pronto se ha puesto brillar, aún bajo el peso de mis conocimientos y costumbres? Lo cierto es que un sentimiento muy simple, tal como el hambre o el dolor, se ha revelado en mí. No juzgo la cultura, me limito a afirmar que me ahogo en su atmósfera. Como Rousseau, concibo un estado de bienaventuranza, de

entera libertad, de alegría espiritual, de despreocupación paradisiaca. Sé demasiado y esta carga me abruma. No soy yo quien ha adquirido esta ciencia al precio de una experiencia vivida; es general y extrínseca; me fué transmitida por los antepasados y ha invadido mi espíritu, seducido por la solidez de su documentación. Y por el hecho mismo de que es general e impersonalmente demostrada, su carácter indiscutible me hiela el alma. Sus innúmeros conocimientos me han sujetado de pies a cabeza, mediante millares de hilos que no sabría romper. Todos me aparecen sin rostro, inmutables, ineludibles hasta el terror. Y ¿para qué? En su gran mayoría son inútiles. Para nada los necesito, ni en el amor, ni en el dolor. No es mediante ellos que, poco a poco, a través de errores fatales y conquistas imprevistas, llego lentamente a entrever mi destino y en mi última hora ciertamente no pensaré en ellos. Pero, en cambio, embarazan mi espíritu, se mezclan a cada instante de mi vida, interponiéndose como velo de niebla entre yo y mi alegría y entre mi sufrimiento y yo, y esto entre cada uno de mis pensamientos. En este conjunto de conocimientos impersonales, de innumerables concepciones, verdades, hipótesis, normas del pensar y leyes morales, conservadas por la memoria, en todo este fardo de riquezas intelectuales que cada uno de nosotros arrastra, reside la causa del mal que nos agota. Será suficiente que evoque la doctrina concerniente a la cosa en sí y al fenómeno. El gran Kant descubrió que no sabemos nada de la cosa en sí y que todos los fenómenos que

percibimos no son más que representaciones. Schopenhauer confirmó esta verdad, demostrando, con evidencia, que estamos completamente encarcelados en nosotros mismos y que no disponemos de ningún medio de traspasar los límites de nuestra conciencia y de ponernos en contacto con el Universo. La cosa en sí misma no puede ser conocida; conociendo el Universo, sólo conocemos fenómenos y las leyes de nuestro espíritu. Nos limitamos a imaginar, a ensoñar el mundo exterior, que, en verdad, no existe, pues que la sola realidad es nuestro aparato perceptor. Descubrimiento lógicamente irrefutable. Surgió como la luz en las tinieblas y la conciencia se vió obligada a someterse sin condiciones. Las inteligencias sufrieron un inmenso trastorno: cosas, hombres, yo mismo en cuanto criatura, en una palabra, toda la realidad hasta entonces tan compacta, tangible, bruscamente se elevó en el aire, un pie sobre la tierra, tomando una apariencia espectral. Ya no hay nada esencial. Todo lo que parece ser, se reduce a espejismos que parecen ordenarse según un plan del cual nuestro espíritu, Dios sabe por qué, puebla el vacío. Esta doctrina ha reinado durante un siglo, modificando profundamente la conciencia humana. Pero se acerca su fin. Ha perdido imperceptiblemente poderío y color, se ha marchitado. Los filósofos han osado tomar la defensa de la antigua doctrina ingenua; al mundo exterior se le concede una realidad indubitante, y del deslumbrador descubrimiento sólo ha sobrevivido el germen modesto, es decir, la verdad alumbrada por Kant y según la cual las categorías

formales de nuestro conocimiento, las categorías de tiempo, de espacio y de causalidad, no son reales, sino ideales; son inherentes, no al Universo, sino a la conciencia, que las superpone a la experiencia, como las mallas de una red caerían sobre un mapa. Ahora, el maleficio, que ha durado un siglo, ha pasado ya, pero ¡qué aterradoras consecuencias ha dejado tras sí! La pesadilla del elemento espectral continúa tejiendo en el cerebro su trama de locura. Y el hombre, recobrando lentamente la sensación de la existencia real, como un convaleciente de gravísima enfermedad, se pregunta angustiado si todo lo que ve a su alrededor no es un sueño. De este modo, la razón abstracta elabora, en los laboratorios de la ciencia, conocimientos y sistemas, infalibles para ella, pero extraños al espíritu, y cuando una de estas verdades, lo que es inevitable, se derrumba, nos preguntamos con tristeza: ¿Cómo ha podido, durante largo tiempo, entrabar los espíritus e impedir la libertad de sus movimientos? Del mismo modo que los objetos en venta de un almacén seducen nuestras miradas por su aspecto atrayente y su comodidad, así las ideas y los conocimientos nos inducen a una tentación ociosa y embarazan nuestros espíritus, exactamente como los objetos obstruyen nuestras casas. Ideas y conocimientos pueden ser fértiles cuando aparecen naturalmente en mí, resultantes de mi experiencia personal, o cuando siento la necesidad invencible de poseerlos. Pero los que fueron adquiridos de fuera, sin obedecer a una necesidad natural, pueden ser comparados a los cuellos de celuloide, paraguas, chanclos y relojes,

con los que, gracias al cambio consentido por el blanco, se adorna un negro desnudo en el fondo de Africa. La abundancia de objetos fabricados que llena mi casa me inspira un profundo fastidio; pero ¡cuánto más me pesa el estorbo de mi espíritu! Cambiaría voluntariamente todos los conocimientos adquiridos en los libros, más todos los que les he superpuesto personalmente, por la alegría de adquirir por mí mismo y mi propia experiencia, un solo conocimiento espontáneo, primigenio, simple y fresco, como una mañana de estío. Lo repito, no se trata de la imposición de que usted habla, sino de la tentación; y la tentación es más tiránica que la coacción. La razón abstracta impone sus descubrimientos al individuo mediante la tentación de la verdad objetiva. Usted dice que, habiéndonos desembarazado del fardo, volveremos inevitablemente a amontonar riquezas y a sobrecargarnos una vez más. Así presentada, vuestra proposición es incontestable, pues nunca lograremos superar nuestra razón ni modificar nuestra naturaleza. Pero sé y creo que otra creación y otra cultura son posibles, creación y cultura que no emparen todo conocimiento en dogma, que no transformen todo beneficio en momia, todo valor en fetiche. Y no soy solo; son numerosos los que se ahogan en el seno de tales murallas. Y usted mismo, poeta, ¿habría aceptado sin protesta esta morada si el destino no le hubiera dotado del don venturoso de elevarse con la inspiración, aunque sólo sea raramente y con breve ímpetu, más allá de estas murallas, hacia los espacios libres, hacia la esfera del espíritu? Con

envidia, mi mirada sigue vuestros vuelos majestuosos, los vuestros y los de los otros poetas contemporáneos. El espacio existe, y la humanidad posee alas. Sin embargo, mis ojos (¿serán ellos culpables?) perciben otras cosas. Las alas han perdido su ligereza y los cisnes de Apolo aletean pesadamente. ¿Cómo podrá el poeta conservar, en nuestra época tan civilizada, la frescura de la inspiración nativa? ¡A los treinta años habrá leído tantos libros, habrá conversado sobre tantos temas filosóficos, estará penetrado de tal modo de la intelectualidad abstracta de su ambiente!

A este propósito, responderé a vuestras últimas exhortaciones. La regeneración de la personalidad, la verdadera liberación de que usted hablaba al fin de vuestra carta (el *Flammentod*—la muerte de fuego—de Goethe), es igualmente un arranque, un vuelo del espíritu análogo a la inspiración del poeta, pero infinitamente más decisivo y atrevido. Por esto son tan raros hoy estos acontecimientos; infinitamente más raros que las creaciones geniales del arte. La herencia de la cultura ahoga la personalidad bajo el peso de sesenta atmósferas y más; pero con la fuerza de la tentación su yugo es, en verdad, un dulce yugo; la mayoría ni siquiera lo nota, y el que, sintiéndolo, tratara de sacudirlo, intentaría en vano abrirse brecha en tamaño espesor. Pues todo ello no está situado por encima de su cabeza, sino integrado en él mismo. El hombre es pesado por sí mismo y sólo las alas del genio pueden elevar su espíritu por encima de su conciencia abrumada.—O. G.

V

A M. O. GERSCHENSON

Querido amigo mío: Nos encontramos en el mismo medio cultural, como habitamos en el mismo cuarto, en donde cada uno de nosotros dispone de un ángulo, pero en el que la puerta y la ventana son comunes. Además, cada uno de nosotros tiene su domicilio propio, que usted desearía, como yo, cambiar por otra morada bajo otro cielo. La existencia en el mismo medio no es idéntica para todos sus habitantes y para todos sus huéspedes. Vemos nadar en el seno del mismo elemento la materia soluble, y el aceite o la resina, insolubles, crecer (cada especie a su modo) las algas, los corales, las perlas, circular el pez y la ballena, el pez volador y el delfín, el anfibio y el pescador de perlas. Me parece, salvo el caso de acusar mis ojos de infidelidad, que usted no sabría concebir la posibilidad de vivir en el seno de la cultura, sin fusión con ella, sin disolverse algo en ella. En cuanto a mí, pienso que la conciencia puede ser por entero inmanente a la cultura, pero que puede serlo sólo en parte, y también en parte trascendente a ella; lo que es fácilmente demostrable tomando como ejemplo nuestra propia comunicación. Un creyente rehusará obstinadamente considerar su fe como un elemento de la cultura; pero un hombre reducido a la esclavitud de la cultura, estimará que

la fe es un fenómeno de aquélla, cualquiera que sea la definición en que la incluya: representación adquirida por la herencia, o psicologismo determinado por la historia, metafísica o poesía, factor de tipo sociológico o valor moral. Podrá concebir esta fe bajo mil diferentes aspectos, pero inevitablemente la introducirá en la esfera de los fenómenos de la cultura que abarca, a sus ojos, toda la vida del espíritu; nunca convendrá con el creyente ni estimará esta fe como exterior a la cultura, como algo independiente, simple, primordial, que une *directamente* su persona al ser absoluto. Para el creyente, la fe difiere esencialmente de la cultura, de la misma manera que difieren de ella la naturaleza y el amor... ¿Luego?...

Entonces, del hecho de nuestra creencia en lo absoluto, que no es ya la cultura, depende nuestra libertad interior (la vida misma) o nuestra esclavitud interior ante la cultura. Desde hace tiempo impía en principio, habiendo encerrado al hombre en sí mismo, como lo proclamó definitivamente Kant. Por la fe solamente, es decir, mediante la renunciación en principio al pecado original de la cultura, es como podemos vencer esa «tentación» que usted experimenta tan agudamente. Pero el pecado original no podrá ser desarraigado sólo por la destrucción superficial de sus huellas y manifestaciones. Olvidar la lectura y escritura y ahuyentar las musas (para hablar el lenguaje de Platón) sólo sería un paliativo; los escritos reaparecerían y sus signos y tabletas reproducirían una vez más el pensamiento de los prisioneros encadenados a las paredes de la gruta de

Platón. El sueño de Rousseau deriva de su incredulidad. Por el contrario, vivir en Dios significa no vivir enteramente en el seno de la cultura relativa y humana, sino en parte de nuestro ser abandonarla para lanzarse hacia fuera, hacia la libertad. La vida en Dios es realmente la vida, es decir, el movimiento: un crecimiento espiritual, la escala celeste, el camino que sube la ladera de la montaña. Es suficiente ponerse en camino, descubrir el sendero, y todo lo demás vendrá por sí mismo. Los objetos que nos rodean se desplazarán por sí solos, las voces se alejarán, nuevos horizontes se abrirán ante nuestros ojos. La puerta de la libertad es común a todos los que viven en un mismo recinto, y está siempre abierta. Si uno de nosotros sale, otro seguirá. Y puede que todos salgan uno tras otro. Sin la fe en Dios, la humanidad no encontrará su fresca pérdida. En vano tratará de desprenderse de sus antiguas vestiduras; se trata de despojar al vetusto Adán. Sólo el agua viva es agua de juventud. Y la imagen que se presenta a los ojos de usted de un nuevo falansterio «sin musas y sin escritos», por muy seductora que parezca, es un ensueño falaz, un signo de decadencia, como todo rousseaunismo, mientras la muchedumbre humana, en la que usted sueña, no sea una comunidad de oración y no represente más que nuevos brotes de una humanidad tan corrompida como está la nuestra misma.

Si usted me contesta que el proceso mismo de la elaboración de la cultura, es decir, la inscripción de signos sobre «la tabula rasa» del alma humana, ase-

gura a la humanidad, y por largo tiempo, la frescura renovada de la creación, la espontaneidad de las sensaciones, el retorno a la juventud, me contentaré con encogerme de hombros ante el profundo optimismo de tal contestación; optimismo que deriva de un error inherente al siglo de Rousseau: el hecho de ignorar esta verdad fatal, que quiere que los manantiales mismos de la vida del alma y del espíritu estén envenenados y que el dogma órfico y bíblico de la caída del hombre no sea una mentira. Nuestra conversación recuerda otra más antigua que Platón refiere en *Timeo*, y cuyos interlocutores eran Solón y un sacerdote egipcio. «Sois niños, ¡oh, helenos!, y no hay viejos entre vosotros.» Diluvios e incendios periódicos devastaron la faz de la Tierra, pero los hombres que habitaban el país de los helenos resucitaban «sin musas y sin escritos» ἀποστίζαι ἀγράμματοι tras estos espasmos destructores de la Tierra, a fin de reconstruir su obra precaria, mientras que el Nilo sagrado protegía al Egipto inmutable que había conservado sobre sus tabletas seculares el nombre de los antepasados olvidados por los helenos y el recuerdo de la raza gloriosa de los hombres que había sacudido el yugo de la antigua Atlántida. Querido interlocutor, del mismo modo que este egipcio y su discípulo heleno, lo mismo que Platón, yo ofrendo piadosamente perfumes sobre el altar de la Memoria, madre de las Musas, la ensalzo como «prenda de inmortalidad, coronación de la consciencia», estoy persuadido que ni un solo escalón de la ascensión espiritual puede ser franqueado sin un descenso hacia

las riquezas subterráneas. Cuanto más se elevan las ramas hacia el cielo, más profundamente se hunden las raíces.

Pero si usted me contesta que no tiene la intención o que no se cree con derecho a adivinar la sustancia de las especulaciones futuras de los hombres, de la cultura regenerada, y que usted se contenta con experimentar para sí mismo y para la posteridad la necesidad vital de escapar a estas bóvedas aplastantes y de lanzarse hacia los espacios libres sin saber, sin querer adivinar lo que os espera más allá del recinto de la prisión abandonada, entonces demostraría usted con ello su despreocupación fatalista en la preparación de las vías de la libertad y usted testimoniará su última desesperación en lo concerniente a su propia liberación. ¡Que no sea así!—V. I.

V I

A V. I. IVANOV

Querido vecino: En vano sus dulces exhortaciones me invitan a abandonar mi rincón por el vuestro, que también, como el mío, está enmurallado, sin libertad. Pretende usted que le basta al hombre de cultura abandonarse a la fe para ser efectivamente libre. Contesto así: que el hombre aplastado en parte bajo la herencia de la cultura es incapaz de elevarse hacia lo absoluto, y si posee la fe, ésta sigue la suerte de todos sus estados de alma. Está infestada de reflexión,

desfigurada e impotente. Repito lo que os escribí la última vez: nuestra consciencia no puede ser trascendente a la cultura sino en muy raras excepciones. Vea si no cómo nuestro amigo Chestov se debate entre las mallas de la red. Cuántas veces hemos hablado de él con amor... ¿No ha sondeado acaso el vacío de las especulaciones, el dogmatismo helado de las ideas y de los sistemas? ¿No tiene sed de libertad? Su espíritu nostálgico lucha y sufre en su impotencia. ¡Tan pronto trata de desatar los nudos del pensamiento dogmático que agarrota a la humanidad, tan pronto nos brinda el relato patético de las cortas brechas abiertas por un Nietzsche, un Dostoïevski, un Ibsen o un Tolstoy y de su lamentable retorno a la cárcel de donde se habían evadido! Con la sangre envenenada, con los huesos quebrantados es imposible alcanzar la libertad. ¡La fe, el amor, la inspiración, todo cuanto puede libertar el espíritu está contaminado, enfermo, incapaz, por lo tanto, de liberar, ¿Cómo podrían las poderosas encinas y las tiernas violetas crecer sobre un suelo sepultado bajo los escombros de concepciones y de sistemas seculares, bajo innumerables detritus de ideas antiguas o contemporáneas; un suelo lleno de mausoleos, vestigios de valores espirituales, valores de fe, de pensamiento, de arte? Sólo un zarzal rudo y enclenque y la hiedra de las ruinas podrían crecer sobre tal terreno.

Pero no se trata de esto. Tiene usted razón. No sé y no puedo saber lo que el hombre encontrará más allá del recinto de la prisión abandonada, y estoy dispuesto a admitir mi entera indiferencia en

cuanto a la preparación de las vías de la libertad, ya que, amigo mío, se trata de especulaciones y sólo de especulaciones. Me contento con aquellas de que el aire ambiente y mi propia inteligencia están saturados. Yo no tengo fuerza para razonar. Siento, *simplemente*, como usted mismo dice, la necesidad vital de la libertad para mi espíritu y para mi conciencia, al igual seguramente que un griego del siglo VI se sentiría penosamente trabado por la pluralidad de dioses de su Olimpo, por sus atributos y prerrogativas bien establecidas, por la abundancia y la suntuosidad de los mitos y del culto. Así, tal vez, un australiano languidece en la atmósfera sofocante de su animismo, de su totemismo, que le molestan sin que tenga la fuerza para liberarse de ellos. Sin duda este griego adivinaba, más allá del recinto de su prisión, la posibilidad de contemplar libremente un Dios único, universal, impersonal, entrevisto por su alma, en tanto que el australiano sueña con la libertad y la alegría del espíritu que no tiene miedo para elegir libremente una esposa que escapa a la prohibición totémica. Ni uno ni otro hubieran podido definir el carácter de su ensueño y de su esperanza. El que trata de liberarse no ve más que el obstáculo y sólo proclama su negación; pero siempre lucha y niega «en nombre» de algo, lleva un ideal ya maduro que nutre su pasión, dándole fuerzas para luchar. Un ideal vago no formulado, sólo un ideal de esta índole puede mover la voluntad. Un ideal que ha tomado conciencia y que ha encontrado una expresión, no es ya más que un sistema de ideas, por demasiado defini-

das, apenas vivientes, frutos ya de la disolución. ¿Qué es lo que deseo? La libertad de la conciencia y de la investigación, la frescura original del espíritu, que me permitiría ir adonde me place, elegir caminos no conocidos, senderos no hollados; en primer lugar, porque semejante viaje estaría lleno de alegría, y luego, porque—¿quién sabe?—acaso encontraríamos algo más en las vías nuevas. Pero, sobre todo, por la melancolía que impera en nuestro derredor, como en este sanatorio. Añoro las praderas y los bosques. No me contento con desear, creo firmemente que así será. Porque si no, ¿de dónde me vendría este sentimiento? La fuerza y la autenticidad que caracterizan este sentimiento son garantía de su realización. Las aves proceden de los reptiles, como usted no ignora; el sentimiento que experimento es como el hormigueo y las molestias que sufrió el anfibio cuando le nacieron las alas. El ensueño confuso del griego y del australiano no eran sino el presentimiento, el presagio de una libertad que debía realizarse siglos más tarde. Sin duda el hombre debió renunciar a su libertad inicial y atravesar un largo período de disciplinas, de dogmas y de leyes a fin de encontrar de nuevo, con una naturaleza transfigurada, esta libertad. Puede que así sea. Pero ¡ay de las generaciones a las que ha tocado el estadio intermedio, el estadio de la cultura! Vemos con toda claridad cómo ésta se corrompe por dentro, y pende en jirones sobre el espíritu agotado. La liberación se cumplirá de este modo, o bien, al igual de hace veinte siglos, estallará como una catástrofe. No lo sé y en cuanto me con-

cieme, no entraré, naturalmente, en la tierra prometida, pero mi sentimiento es parecido al monte Nevo, de lo alto del cual Moisés la contemplaba. Yo no soy el único que la entrevé a través del velo de brumas.—O. G.

VII

A M. O. GERSCHENSON

«El movimiento no existe—dijo el sabio barbudo...» Y respondióle su interlocutor con el consejo simbólico de comprobar por su propia experiencia la exactitud de lo enunciado: «Y echó a andar, sin proferir palabra.» El primero no era paralítico, como tampoco el segundo; podía mover sus piernas tan bien como el otro, pero no concedía ningún valor a los movimientos de su cuerpo, porque no creía en su propia experiencia. Atribuyo la mayor parte de nuestras objeciones a la autosugestión, a la tiranía de una idea preconcebida de orden especulativo; la otra la supongo hija de vuestra ansia de vivir insatisfecha. ¡Cuánta desesperación en vuestras palabras!, pero entre líneas, en el tono y ritmo interior cómo en esa vivacidad de acción tan suya, adivino tanta energía juvenil, tanta impaciencia por saborear lo desconocido, por recorrer los senderos no hollados, mezclándose confiadamente a la naturaleza viva, participando en el juego arriesgado y en las riquezas intactas de la tierra generosa—*tant de désir, enfin, de faire un peu l'école buissonnière*—. Me parece, mi querido doctor,

Faust reencarnado (aunque no os haya abandonado por completo vuestra antigua agitación), que Mefistófeles, viéndoos reintegrado a la vida, no perdería toda esperanza si imaginara someteros a nuevas seducciones; tentaciones que harían trocar, a quien como usted soporta el peso abrumador de las cuatro facultades, vuestro «rincón» celosamente guardado a cambio de la libertad, la gran amplitud de la vida. Claro que tendría que emplear con usted una táctica más sutil y no evocar, en un lejano espejismo, una seductora forma femenina. Sería más eficaz recordar una vez más que la teoría gris es senil y que el árbol dorado de la vida siempre verdea, y comenzar evocando los prados floridos y los bosques virginales. Sin duda, luego de una nueva serie de aventuras, también el ejercicio de la libre voluntad os aparecería como prisión sin salida. Quizás la última tentación de Fausto debiera ser para usted la primera: los canales, el nuevo mundo, la ilusión de una tierra libre para un pueblo liberado. Poco importa el número de figuras planimétricas que pueden trazarse sobre una superficie horizontal; lo esencial es que es horizontal. Pero yo no soy Mefistófeles y no quiero tentarle con imágenes seductoras. Todo el sentido de los razonamientos que le dirijo, confirma simplemente la vertical que puede trazarse desde algún punto del espacio, desde cualquier «ángulo» situado en la superficie de una cultura caduca o joven, sea la que fuere. Pero la cultura misma, en su verdadera aceptación, no es, a mi juicio, una superficie, ni una llanura cubierta de ruinas, ni un campo sembrado de osamen-

tas. Hay en ella algo verdaderamente sagrado, no sólo el recuerdo del aspecto exterior, del rostro terrestre de los antepasados, sino que representa además las iniciaciones reveladas. ¡Un recuerdo vivo, eterno, que no sabría morir en el corazón de los que fueron partícipes de estas iniciaciones! Estas fueron conferidas por los antepasados a su descendencia más lejana, y no se olvidará ni una sola letra de sus escrituras, antaño nuevas, grabadas sobre las tablas del espíritu único humano. En este sentido la cultura no es sólo monumental, también es iniciativa en su espíritu. La memoria que se entroniza sobre la cultura hace partícipes a sus verdaderos servidores de las iniciaciones ancestrales, y renovando en ellos estas iniciaciones les comunica la fuerza de iniciativa para nuevos comienzos y nuevas audacias. La memoria es un principio dinámico; el olvido es un signo de cansancio, de movimiento interrumpido, de caída y de retorno hacia un estado de estancamiento relativo. Imitemos a Nietzsche, vigilemos por sí en nosotros se revela el veneno del declive, el germen de la «decadencia».

¿Qué es la decadencia? Es la conciencia de un lazo orgánico sutilísimo que nos une a la grandiosa tradición de la cultura de antaño y el sentimiento agobiante y orgulloso a un tiempo de ser los últimos representantes de una estirpe. En otros términos: es la memoria petrificada, después de haber perdido su carácter de iniciativa y sin hacernos participar ya de la de los antepasados, sin ofrecer impulsos esenciales a nuestra actividad. Es la convicción de que las pro-

fecías han enmudecido (Plutarco el decadente, tituló una de sus obras: *Del agotamiento de los oráculos*). Toda la obra de nuestro querido amigo León Chestov, no es sino un largo y voluminoso tratado sobre este tema. El espíritu no se dirige ya hacia el decadente por la vía de los que anteriormente lo anunciaron, sólo el alma de las épocas le habla; el agotamiento espiritual le dirige exclusivamente hacia el dominio de lo psíquico y se transforma en puro psicólogo, en puro psicologista. ¿Podría ya comprender la fe de Goethe: «La verdad ha sido descubierta hace largo tiempo y ha reunido a su alrededor la alta comunidad de las inteligencias espirituales. Es esta antigua verdad la que debes apropiarte»? Para el psicólogo esta antigua verdad no es más que una antigua psicología. A lo menos está inclinado a tachar todo lo espiritual y objetivo de psicológico y subjetivo. Y de nuevo acuden a mi memoria las palabras de Goethe—las de Fausto a propósito de Wágner: «Con ávida mano revuelve la tierra en busca de tesoros y se alegra cuando encuentra gusanos.» ¿No podrían aplicarse estas palabras a nuestro amigo que, sediento de vida, opera, en busca de estos manantiales de juventud, sondeos psicológicos y descubre la vanidad de todas las especulaciones, de todas las afirmaciones de una fe positiva, cualquiera que sea? Hay que abandonarle a su demonio: dejemos a los muertos enterrar a los muertos. Concederle crédito equivaldría a reconocer la caries del gusano roedor en el interior de nuestro propio espíritu. Esto no disminuye nuestra admiración por su talento ni nuestro

afecto hacia él, ni nuestra tierna piedad por su vocación de viviente y trágico enterrador. Creamos en la vida del espíritu, en la santidad y en la iniciación, en los santos invisibles que nos rodean, en la serie de almas generosas que luchan, y avancemos valientemente sin mirar atrás ni en derredor, sin medir el camino recorrido, sin escuchar la voz del cansancio y de la pereza que hablan «del veneno en la sangre y del quebrantamiento de los huesos». Se puede ser un alegre peregrino sobre la tierra sin abandonar la ciudad natal; podemos ser pobres de espíritu sin olvidar la ciencia. Tiempo ha que sabemos que el raciocinio es siervo e instrumento de la voluntad y conviene a la vida como cualquier otro órgano inferior del cuerpo. Las especulaciones que según usted le saturan, pueden ser confiadas a otras manos como nos desprendemos de los libros inútiles, si es que no los dejamos dormir en paz en nuestras bibliotecas. Mas en nombre de la «antigua verdad» de Goethe debemos aspirar profundamente la savia vivificante de estas especulaciones y de estas religiones, debemos absorber el espíritu, el logos, la energía iniciadora. Así como extranjeros alegres y curiosos, pasaremos ante los innumerables altares e ídolos de la cultura monumental, de los cuales algunos yacen en el abandono mientras otros aparecen revestidos de ornamentos nuevos; nos detendremos a nuestro antojo y sacrificaremos en los lugares abandonados cada vez que apercibamos estas flores inmortales, invisibles a los ojos de los hombres, que surgen de la tumba antigua.—V. I.

(Concluirá.)